

LOS ROLLING EN LA ALQUITARA

Fabián, J.F.

Cuando verdaderamente aparecía el lado salvaje de Javi Paso era preparando los martinis en copa cónica con palillo y aceituna. En eso no tenía rival. Ni Chema Diu, que tenía más experiencia, se le podía igualar. Primero se cuadraba con discreción poniéndose perpendicular al eje inverso de la copa. Si se le habían caído las gafas hasta la punta de la nariz, se las subía de un solo toque y, cuando estaba dispuesto, pinchada ya la aceituna con el palillo, la dejaba caer en el martini, girándose sobre sí antes de que llegara al fondo, es decir sin verla culminar. Pero el privilegio de ver aquel espectáculo era, sólo, para ocasiones excepcionales.

En la mañana de Navidad apareció en la zona de anuncios de la puerta del Alquitara un escueto cartel escrito a ordenador con impresora vieja que decía: *“Los Rolling en La Alquitara. Martes 28 de diciembre (Día de los Inocentes). A las 12 de la noche. Unplugged”*. Poca gente preguntó a lo largo de la semana. También es verdad que hizo mal tiempo y se salió poco de casa guardándose el personal para la Nochevieja.

Se supo luego que a Miguel Paso le habían intentado convencer desde el Ayuntamiento para que declinara la invitación de los Rolling de actuar en el Alquitara y trajera en su lugar, subvencionado por la Diputación, a Bertín Osborne. Bertín Osborne más Niña Pastori, le ofrecieron después y viendo que seguía emperrado, fueron más lejos: Bertín Osborne más Loco Mia más Norma Duval, ¡más la mitad de los Sabandeños!. Todos los que votan al PP y los de Coalición Canaria que les ayudaban para la cosa de las mayorías. *“Con estos tiembla el misterio, Miguel, te lo digo yo”*, le había dicho el mismo alcalde al teléfono en un último intento de evitar que sus satánicas majestades pisaran en su ciudad. Pero Miguel Paso dijo no y no. Y fue que no. Alquiló un monovolumen familiar y dos C-15 para el equipo de sonido y se plantó con Chema Diu y Rafa Morán, como embajadores, a buscarlos a Barajas.

Cuando José Antonio Paso supo que, milagrosamente, los Rolling, desde New York, se habían ofrecido -¡¡se habían ofrecido ellos!!- a venir al Alquitara, cuando se lo terminó que creer, lo primero que hizo fue ponerse a régimen estricto para bajar barriga y poder saltar hasta el techo bailando el *Satisfesison*.

Los Rolling llegaron con un nevazo infernal. Por Villatoro estaba la cosa tan mal tan mal que tuvieron que bajarse a empujar la furgoneta. Hay que decir que como Rollings son muy buenos en lo suyo, pero empujando furgonetas, los cuatro juntos hacían por uno. Menos mal a la negra de los coros y a Chema Diu, sino se quedan allí. En Béjar había menos nieve que en Villatoro pero cuarta y media sí habría. Keith Richards se cayó dos veces camino de la pensión, que por voluntad propia, porque querían algo cutre, les habían buscado en la Calle Mansilla. Pero no se hizo nada. Lo malo es que en la caída se apoyó en Charli Watts, éste desequilibró a Jagger, que abrazado a Chema Diu rodaron por los suelos calle abajo, hasta donde estaba La Esfera antes, aproximadamente. Menos mal que no había mucha gente por la calle que sino, menuda imagen: los Rolling a resbalones y rodando por los suelos sin remedio. Si pilla la escena un fotógrafo de New York y la ven en todo el mundo, se prepara una buena. El que estuvo astuto fue Rafa Morán, que se ofreció el primero a agarrar a la negra -“*Déjeme que la agarre, señora, que sino se va usted a matar*”- él siempre muy gentleman, ¡qué jodio!.

A las doce de la noche, un martes, con un nevazo de muerte, con los de la Escuela de vacaciones y a tres días de la Noche Vieja, le vendieran lo que le vendieran a la juventud de Béjar, siendo el Día de los Inocentes como era, no iban a salir de casa de marcha, y más, si como creían, lo de los Rolling en el Alquitara era una bromita de Miguel. ¡Ja!.

Desde luego para la Historia quedará la actuación de los Rolling en el Alquitara, porque será así, pero más todavía quedará para la Historia la llegada al bar, resbalándose montados en un plástico de

colchón Pikolín, desde el cruce del Bar Volante hasta la puerta del Alquitara, donde le esperaba la afición haciendo barricada para pararlos. Qué emoción. Ron Wood se salió del colchón y se puso una culera de cuidado en los pantalones color hueso, parecía que se había hecho caca. Con ese culín que tiene. Hay cosas que pasan una vez en toda, pero en toda la vida y el que lo vive siente por un momento como que ya se puede morir. Así fue aquella llegada y lo que vino después.

“¿Estamos todos?, preguntó Miguel subido a la barra. “¡Siiiiiii!”, atronó el bar. “Entonces... ¡Javi, atranca la puerta!. Mick, ¡vamos con el amplaget!... Barra libre, ¡sálvese quien pueda!”.

No seríamos más de treinta, contando a los Rolling, que eran los cuatro, Daryl Jones al bajo y la negra para los coros. Nadie más. Sin mesas, sin sillas, sin nada, con toda la barra llena de botellas para servirse a discreción y aquel arranque con el *Satisfesision*, más de uno se pudo haber quedado tieso de la emoción. Pero como todos creían estar en un sueño -también los Rolling- no pasó nada a nadie. El problema fue a la mañana siguiente, cuando la noche más noche era ya el pasado y había sido verdad todo. Pero a esa hora, con el *Satisfesision* todavía quedaba muchísimo.

A punto estuvieron José Antonio Paso y uno de sus mejores amigos de liarse a tortas en pleno concierto por querer hacer los coros y los arrumacos de rigor, con la negra, en el *Miss you*. Prueba evidente de que la amistad en casos extremos es, también, algo efímero. De nada sirvió que José Antonio arguyera que él tenía mas derecho que nadie porque había ganado o quedado segundo, o las dos cosas, en aquellos festivales de la canción que se celebraban a finales de los setenta en el Cine Béjar. No coló. Miguel Paso, viendo que iba a haber bofetadas, terció sabiamente y le ofreció hacer los coros a Chema Diu subido en una tajuela, porque la negra, que se llama Lisa Fisher, andaba por los dos metros o dos y pico con tacones y, para ir bien la cosa, Chema le tenía que llegar, por lo menos, adecuadamente al culo.

Especialmente emocionante fue cuando anunció Mick Jagger que la siguiente *-I like a rolling stone-* se la dedicaban todos los presentes a Pepe Muñoz por toda la vida que se deja currándose lo que luego nos vienen bien disfrutar a los demás. Casi le hacen llorar al muchacho. Necesitó dos orujos seguidos y otro a medias de una cosecha especial traída de Pinedas para salir de aquel nudo en la garganta.

Aquella noche, a Carmen, la señora de Chema Diu, le cantó directamente el *Angie* Mick Jagger y, a Chema, que venía de lo de los coros con la negra, no le pareció nada mal, aunque a partir de entonces se anduvo con ojo. Luis, el médico, subió a cascabelera a Ron Wood y le paseó por todo el bar, mientras sonaba a reventar el *Brown sugar*. Fue apoteósico, lástima que no calcularan que estaban las aspas del ventilador y tuvieran que interrumpir unos momentos la actuación para que Luís le diera dos puntos de nada al rolling en la coronilla. Javi Fuentes, que había venido de Santander con la noticia filtrada, acompañó en el escenario el *Les't the spend the nighth togheter* raspando en una botella de anís con un tenedor. Eduardo Ezcaray y la negra cantaron a duo el *Jumpin' Jack Flash* con una jarra de calimocho algo trucado y Charly Watts bailó la Macarena de coña con Pipe Comendador. Échale. Pipe empeñado en hacerle una poesía a Charly. ¡Estaba Pipe ya como para hacer églogas!. Pero quizá lo más mundial fue cuando Carlos Castaño, ya casi en el fin de fiesta, proclamó la república subido en la barra del bar abrazado a Keith Richard, esgrimiendo éste un 103 con hielo, que era a lo que estaba toda la noche. Para que luego digan que el 103 es malo, con lo que sabe este pollo de beber.

Ni a las seis de la mañana se le veía el fin a aquello. Y, mientras, Béjar durmiendo apaciblemente con la cosa del relax de la nevada. Eloy, el abogado fotógrafo, que se había levantado temprano para ir a hacer unas tomas por la ciudad desierta, oyó música, tocó a la puerta y le abrieron. La contraseña era beberse de golpe dos cazallas. Eloy, que estaba recién levantado, la pasó con un poco de ahogo. De ahí en adelante se le encalló la garganta para los restos. Si le ve su señora se le cae el pelo.

A las seis y veinticinco en punto de la mañana, Javi Paso preparó en un camping-gas un chocolate con churros y unas sopas de ajo que tembló el misterio. Es lo que tiene el ser famoso, ganas mucho dinero, crees que disfrutas de todo lo más sofisticado, pero te puedes estar perdiendo lo mejor, entre el camuflaje que tiene lo sencillo. Eso mismo pensaba Keith Richard, ¡y lo dijo!. Él, que no había comido una sopa caliente como aquella desde antes de que se encontraran él y Jagger en la famosa estación de Londres. Eso sí, Javi la tenía que haber puesto a enfriar antes de servirla, porque el pobre Ron Wood se me abrasó la boca con el ansia y luego decía que no sentía la lengua. ¡A saber desde cuando no la sentía, no te jode!. Por lo demás chocolate y sopa, exquisitos. Fue la consagración de Javi.

Serían las 12 de la mañana cuando cogieron toda la vasca en Salamanca un ferrobús para Madrid-Barajas. Un vagón para ellos solos, los treinta y pocos. Seguían pagando Miguel y Chema Diu. El revisor, muy educado, reconoció a Daryl Jones, atrancó el vagón y dijo: “¡Allá películas!”, pensando que lo mismo cuando le volviera a abrir estaba toda aquella tropa patas arriba.

En Barajas hicieron carreras con los carricoches de las maletas, unos montados y otros empujando. Un número. Si no hubiera sido porque se dejaron caer dos veces a Ron Wood y en segunda, el hombre, ya se hizo daño en la pelvis, hubiera resultado el mejor colofón. Por si el golpe contra el mostrador de la Luftansa había sido serio, Luis, el médico, decidió sujetarle la cadera hasta New York con una faja pantalón color carne de la talla menor. Y luego allí que se lo miraran bien por si tenía algo. Como esta gente viste tan raro, no llamó demasiado la atención.

Al día siguiente en Béjar hubo algún comentario, pero poca cosa. Algunos preguntaron a Javi Paso y éste, el muy socarrón, lo negó como cuando lo de San Pedro. El día de Nochevieja, a las tantas, cuando se encontraron en los mismos escenarios los mismos personajes, un poquito cargaditos ya, se saludaron ofreciéndose un trago de lo que llevaran en la mano y para sus adentros pensaron:

"A lo mejor no fue verdad". Como Javi lo seguía negando..., ¡pues a ver!.